

PRECIO EN MADRID.

Por un mes..... 0'75 peseta  
Por tres meses..... 2'25

ADVERTENCIAS.

La mayor desgracia de la revolucion consiste en que RIGOLETO visitará al público cuatro veces al mes.

La manera ménos sensible de hacer la suscripcion es anticipando su pago en libranzas ó sellos de correos, no respondiéndose de éstos sino viene certificada la carta.

Se traspasan los porrazos patrióticos y las sobas de tolerancia.

Número atrasado: 30 céntimos.

NUMERO SUELTO ENTODA ESPAÑA 15 CÉNT



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses..... 2'50 pesetas  
Valiéndose de comisionados. 3

Extranjero y Ultramar.

Por tres meses..... 6'25  
Filipinas, un año..... 30

NOTA.

La palabra *progresista*, colocada á la cabeza de este periódico, dá la medida de la fuerza de su color.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

Calle de los Estudios, n.ºm. 17, principal izquierda, á donde se dirigirá la correspondencia al propietario y Director,

DON PABLO MARIN Y ALONSO

Número atrasado: 30 céntimos.

NUMERO SUELTO EN TODA ESPAÑA, 15 CÉN

# RIGOLETO.

PERIODICO PROGRESISTA.

SE PUBLICA LOS SÁBADOS.

## El catolicismo y la civilizacion.

XXXIII

Al lamentar en el número anterior el abandono en que se encuentran muchos de los monumentos que nos legara la antigüedad y la sustitución de costumbres y hábitos respetabilísimos á todas luces por otros y otras exóticas é inmorales, recomendábamos el respeto y aprecio á la tradición, como elemento indispensable para llegar al amor patrio y aun á la verdadera civilización. Este, no otro, ha sido el método empleado en los tiempos de la antigüedad por los sabios del mundo así para encontrar la verdad religiosa, cuando la hallaban obscurecida por groseros errores, como para conservarla en su pureza, sino la habia dejado extradiante.

¡Cosa extraña! jamás se ha conservado la verdad religiosa por medio del estudio, sino siempre por medio de la tradición: para encontrarla vemos que no recurren nunca á su propia é individual razón, sino más bien á los recuerdos colectivos, á la voz del pasado, y un hecho como este es de la mayor importancia en nuestros días, que tan indignados nos sentimos á la aversión hacia lo antiguo, como propensos á las novedades.

Diodoro de Sicilia viene á confirmar lo que nosotros aseveramos, cuando al elogiar á los antiguos vituperó á los griegos; «porque, al paso, dice, que aquellos no tenían más maestros que sus padres y su instrucción era muy sólida, éstos, añade, solo se consultan á sí mismos en sus indagaciones, y corriendo tras de opiniones nuevas, divagan toda su vida por los extraviados senderos de la duda, sin tener nada por averiguado.» En el mismo Platón se lee, que cuando los sabios de Grecia iban á buscar la verdad en los templos de Monfis ó de Sais, los sacerdotes les respondían: «¡Oh, griegos! todos sois niños: vuestro ingenio, eternamente mozo, no se alimenta nunca de opiniones antiguas. ¿Quereis descubrir la verdad con certeza? decía Aristoteles, pues tomado primero y no lo solteis: solo allí encontrareis el dogma paternal en que se cifra la palabra de Dios.» Sócrates enseñaba, «que los antiguos, como más inmediatos á los Dioses, transmitían con más seguridad los conocimientos más precisos y sublimes.»

Una circunstancia muy propia para justificar nuestro aserto, es la de que los sofistas empleaban este medio para introducir un nuevo sistema, atribuyendo á un varón de reputación bien sentada en la antigüedad, el origen primitivo de sus ideas, y tan aceptado era este principio, que los mismos oráculos lo proclamaban. Habiendo consultado los Atenienses á Pitia acerca de la religión que debían aceptar, el oráculo, respondió: «La de vuestros padres.» Como ellos arguyesen que sus padres habían variado con frecuencia, «la mejor, volvió á responder el oráculo.» Sobre lo cual, dice Cicerón al citar este hecho, que por lo mejor no podía entenderse, sino el mas antiguo, por ser el más inmediato á Dios, y todavía añade: «Por eso, sin duda, la ley de las 12 tablas nos manda atenernos al culto de nuestros padres.»

Claro es que á los ojos de Cicerón, como de los otros filósofos citados, no podían dejar de presentarse otras pruebas de las verdades religiosas; pero todas ellas debían, en su opinión, subordinarse al gran argumento de la autoridad tradicional, á la que ellos denominaban enseñanza divina. Aquellos ingenios tan preclaros conciliaban la filosofía racional con la filosofía tradicional; ésta precediendo á la otra y marcándole el camino y aquella siguiéndola paso á paso y apoderándose de sus resplandores.

Los árabes se muestran intransigentes en todo lo concerniente á las costumbres paternales: los chinos invocan á la tradición, así como también que el que, ó ellos anduvieron muy desalentados, ó nuestros regeneradores no saben lo que se hacen al implantar en nuestro suelo patrio costumbres, trajes, comidas y hasta bailes, que ni palabras propias tienen nuestros Diccionarios para expresarlas. Como si nuestro país tuviese que avergonzarse de un pasado, que es todo gloria y prosperidad, no de otro modo se procura el olvido de nuestra raza de hechos y monumentos que nos lo pudiesen mantener vivo en el corazón y en la mente.

¡Qué error tan craso! la tradición es á la vida de los pueblos lo que los timbres, y blasones son á las familias, que aunque no lo sean, son tenidas por hidalgas; lo que el librito de memorias es al viajero de la civilización moderna. Sin esa tradición, un pueblo nunca llegará á ser grande; antes bien, será siempre un pueblo nuevo, un pueblo niño y sin gloria. Si tiene sabios que le ilustren su nombre, perecerá entre el polvo de su tumba; si héroes que le defiendan, no habrá para ellos mármoles impercederos: por eso todos los pueblos, desde las hordas salvajes á la culta Grecia á la fastuosa Roma, todos vemos que han consagrado recuerdos inmortales á sus preciadas tradiciones, las conservan con ardor y las defienden con afán de toda innovación.

Y si todos los países muestran su cultura y sus grandezas en esta especie de Exposición heráldica ¿quien con más razón que nuestra España, cuna de tantos sabios y santos? Desde que el pueblo godo guiado por Alarico puso los pies en nuestra península y desenvainando su corta y ancha espada hace unirse por fuerza á los que voluntariamente lo habían rehusado, la gloria de España no cabe en los ámbitos del mundo y aun el voluminoso libro de la historia resulta pequeño para encerrar el tesoro de su grandeza sin semejante. La historia de nuestro pueblo es algo más que una historia, es una verdadera Epopeya: cuanto hace, cuanto destruye, cuanto emprende tiene proporciones gigantescas titánicas. Por cualquiera faz que se la contemple ofrece los grandes arranques de fachadas monumentales ó arquerías asombrosas para su porvenir.

Y siendo esto así porque ese empeño sistemático de afrancesarnos, de reformarnos en todo conforme á las exigencias de pueblos que nada tuvieron de comun con nosotros. ¿Porqué ese afán de concluir con todo lo que nos recuerda nuestro glorioso abolengo? Aun prescindiendo del sentimiento religioso, manantial fecundo de amor á la patria; no son dulces lazos que á la patria nos ligan el castillo feudal, el alcazar, el palacio, el convento donde nuestros antepasados hacían su profesión de fé, la casa concejo, la lonja del comercio etc. etc. La cruz levantada á la orilla de un camino nos hace considerar como un hermano al que allí perdió su existencia y no podemos menos de rogar á Dios por su eterno descanso. Sin que haya menester de educación el salvaje que vive entre las brambas de los bosques se prosterna ante el idolo adorado por sus padres, y protegido por la sombra de los árboles, bajo cuyas ramas han

invocado su poder dilatadas generaciones, continúa el sus plegarias aun con más ardor; que el hombre á quien la ciencia pretende explicar los secretos de este amor.

Que la nocturna feria de muñuelos (el día de la conmemoración de los difuntos) hubiese desaparecido de entre nosotros amantes del progreso y de la civilización, lo comprenderíamos muy bien; pero que esta y la carnalada y el entierro de la sardina y los desordenes de las verbenas se conserven en todo su vigor y aumentando en creces sus honores, esto si que no acertamos á compaginarlo ni con el honor á lo antiguo ni con el amor al progreso ni con las exigencias de la cultura y civilización. Cuando no estábamos tan civilizados la leyenda de la pobre viuda, que inmodada en lágrimas iba al cementerio á orar por su marido, era ocasión oportuna á toda buena pluma para llenar unas cuartillas con las dulzuras del sentimiento: hoy que ya figuramos en la escala de los pueblos cultos y naturalistas, esas plumas se emplean en deplorar aun lo poco bueno, que acerca de nuestro fin conservamos. Hay quien sostiene que nuestros campos Santos estan tan feos, que se le quitan las ganas de morir; nosotros por el contrario lamentamos que el culto á los difuntos vaya perdiendo aquel ambiente de poesía triste y elegiaca, que antes exhalaba.

Para la generación nueva creemos que las solemnidades de la Iglesia, libres de las trabas del misticismo y del sentimentalismo, se limitaran á la mesa: cada fecha religiosa se celebrará con un exceso de comida y falta de espiritualismo. La Natividad del Redentor se conocerá tan solo por el besugo y la sopa de almendra: la llegada de la cuaresma por los desastres sibaríticos del Jueves Gordo ó de *Compadres*: la iglesia y la solemnidad de esas y otras fiestas pasaran desapercibidas, caso que para entonces no se las reputa ya demasiado antigua y se las someta al procedimiento que á los demás monumentos tradicionales.

No negaremos nosotros el poder de las ideas y el alcance de la razón; pero sea cualquiera la elevación ó profundidad en que se las coloque, creemos que han de estar dentro del santuario de la fé, que es nuestra tradición más gloriosa, y no en perpétua lucha, como se pretende por no comprender bien los lazos que las estrechan. La razón es como el ojo del espíritu: la tradición, la luz que reflejando en los objetos los hace visibles á sus miradas. El ojo por sí solo no ve; menester ha que la luz le advierta la presencia de esos objetos; á su vez la luz no ve tampoco por sí sola, sino que necesita que el ojo se abra y se fije, luego de esta imagen podemos sacar en conclusión que la razón necesita de la tradición como esta de aquella y que deben respetarse mutuamente.

UN PARDO.

## EL PARTIDO CONSERVADOR

El partido conservador es una evolución del moderado: tiene la misma hipocresía, la misma existencia efímera é infundada que el moderantísimo, y obedece á la misma ley fatal que éste.

Un día, el pueblo borracho y hambriento despedazó el trono de doña Isabel y condeó á muerte al partido moderado. Aquella demagogia lo trajo; pero en las mismas entrañas de la demagogia conspiró el partido moderado, y al fin, pudo salir triunfante en una cuartelada, después de luchar con la astucia de un reptil. Fué la salamandra que salió viva de la hoguera de la revolución: el corrosivo que mordía lentamente los organismos de la república.

Hizo lo que llaman restauración y se dió el nombre de partido conservador, porque así ocultaba más los descreditos de un abolengo. Todo lo malo de los moderados lo conservó y hasta lo aumentó; pero la unidad religiosa, la *hoja de parra* con que otros habían encubierto las vergüenzas de su liberalismo, esa la dejó en medio del arroyo para que la pisaran todos los partidos. Comprendía que ya no le hacía falta. ¿Para qué? Después de despojar á la iglesia de sus bienes; después de tratar á los obispos como los dómines á los malos estudiantes; después de envilecer á una generación, ese Lázaro del liberalismo no necesitaba ocultar tanto su impiedad.

En lo económico, su programa es la bancarrota, que á la bancarrota va la pobre España á fuerza de una deuda que nunca se enjuga y de un déficit que siempre va en aumento. En lo político abre el camino á la inmoralidad y á la concupiscencia. En lo religioso explota á la iglesia cuanto puede y aparenta respetarla. Si la da un beso, el beso es de Judas, si la abraza, el abrazo es de serpiente: la abraza para estrangularla; para matarla con el veneno de la simonía.

Los moderados iban á misa para contar las lámparas de plata que había en las iglesias: los conservadores van á misa y se dan golpes de pecho para contradecir al *Syllabus*. Son fariseos que llevan escrito el Decalogo en los vestidos y sobornan á Judas para que entregue á Jesús; son escribas y príncipes de los sacerdotes, que oran en el templo y alquilan los atrios; que se lavan las manos y no la conciencia.

Los conservadores han hecho una justicia de partido, justicia para ellos solos. ¡Que nadie ose alzar el velo á esa vengativa imagen de Saís, porque sería víctima de la rencorosa deidad! ¡Que nadie la llame fea, que nadie la diga que tiene imperfecciones, pues al atrevido le pondrán una mordaza! No se puede llamar torpe á un ministro y otras cosas que están al alcance de nuestros lectores, porque siempre están en guardia los lectores de la justicia con la seguridad en el haz de varas. Pero se puede atacar la religión, se puede insultar á Dios y á la humanidad, que á los conservadores no les importa nada por ello.

Muchos heredaron los bienes de la Iglesia, se hicieron banqueros á cuenta de los frailes y están bien acostumbrados á comer y á bailar en los solares de los santuarios destruidos. El país no debe nada al partido conservador, á no ser la ruina. Gracias á mil torpísimas gestiones económicas España se muere de hambre, además de morir de vergüenza: España emigra al extranjero en busca de pan y de trabajo que le ofrecen las naciones de América. Aquí, solo queda el mapa limpio, los pueblos abandonados, los campos yermos y la inmoralidad triunfante.

Los conservadores hoy en la oposición echan la culpa de todos los males á Sagasta cuando él gobierna por el patron de aquellos, y con su permiso; él que como Cánovas y demás cabecillas liberales tienen sus paniaguados, aunque tuvieran voluntad, que lo dudamos, no pueden hacer economías. Para hacer economías, para matar de hambre á los suyos, no los anduvieron recogiendo, como Isis los tristes restos de Osiris; y por eso, de los *doscientos millones* anuales que nos hacen pagar de más, no pueden quitar nada, de suerte que todos los liberales sois culpables de nuestra ruina, pero con preferencia á todos los conservadores, que hasta en plena invasión fusionista están metidos en las oficinas unos y haciendo de Mentores de la situación otros.

Nosotros como españoles y tradicionalistas rechazamos á todos los liberales y especialmente á los conservadores, que impotentes para vencerlos en el campo de batalla apelaron á la vileza que todo el mundo conoce. Donde no llegaron las bayonetas de unos soldados mercenarios, tímidos y sin fé, llegó el oro, y de este modo, con esta vergüenza se fortalecieron algo estos gobiernos liberales.

Los conservadores nos hacen guerra á muerte, igual en la Iglesia que en el municipio; lo mismo en la calle que en casa. Llamaron á las honradas masas, á los católicos, para que formasen en sus filas, los llamaron en vano, tienen diputados mestizos que engañan á los curas diciéndoles que la religión es lo principal por que es lo divino; que ellos la defienden, y que en lo humano, cada uno tiene sus ideas. Algunos curas se dejan engañar y ¡oh inocentes! recomiendan al pueblo las candidaturas liberales y ellos mismos van á depositar su voto en la urna para oprimir á la Iglesia. Así se apoderan del pueblo y el pobre pueblo se va pervirtiendo poco á poco.

Los partidos avanzados, en medio de su superior desgracia, son más francos. Para propagar sus ideas no ofrecen ni adulan al clero. Siempre acometen de frente y si vuelan con dinamita las Iglesias y deguelan á los sacerdotes, no manchan aquellas con oraciones hipócritas, ni convierten á estos infelices, sino que los hacen mártires. Es, pues, posible que dejemos de aborrecer á los conservadores, cuando son nuestros mayores enemigos.

¿Es posible que los declaremos guerra á muerte?

## FOMENTANDO LOS VICIOS

Un deber de conciencia, nos obliga á pedir á las autoridades todas, y muy principalmente al Ministerio Fiscal prohiban por todos los medios que la ley pone á su alcance, que se publiquen y repartan por las calles de Madrid y á las puertas de los establecimientos de enseñanza, cierta clase de prospectos y anuncios que solo tienden en definitiva á corromper á la juventud, pues tanto vale, á nuestro entender, salvar mejor opinión, el proporcionarla y facilitarla, vendiéndoselos como un favor, medios cómodos para que satisfaga sus inconscientes caprichos ó sus desordenadas pasiones.

Las autoridades, sean del color político que quieran y profesen ó no la religión católica, tienen el deber moral y social de coadyuvar, públicamente, á la educación de la juventud, prohibido todo aquello que de cerca ó de lejos, contribuya á menoscabar la autoridad paterna fuera del hogar doméstico en los menores de edad; y menores de edad lo son por regla general la mayoría de los estudiantes.

Por lo visto, no era asaz penosa la obligación de los padres, ni eran bastantes los desvelos é inquietudes que impone la educación de los hijos á una buena y cariñosa madre, y a un diligente y amante padre, era preciso aumentar el número de angustias y zozobras.

¿De qué servirán en adelante los sacrificios y privaciones

que se impongan los padres en comprar *libros de texto* á sus hijos, si la autoridad, relegando al olvido lo preceptuado en el Código penal, permite, tolera ó autoriza que las *casas de préstamos* se dediquen á hacer operaciones de *préstamos sobre los libros de texto de los estudiantes*?

¿Cómo? ¿No han de poder gozar en adelante los padres, tan siquiera, de la relativa tranquilidad de que ningún usurero esplota la inexperiencia de un travieso *chicuelo*, en el corto espacio que medie entre la casa y la escuela?

No creemos que las autoridades toleren semejante abuso, y por eso llamamos simplemente su atención para que la fijen en el siguiente anuncio que se ha repartido, con proisión estos días por las calles de Madrid y á la puerta de los establecimientos de enseñanza, con el objeto, sin duda, de conseguir mejor el fin que se proponen los aventajados prestamistas.

Dice el prospecto, «Préstamos por Libros.»—«La casa de »Préstamos de la calle de Mesonero Romanos 13, entresuelo, »da dinero por toda clase de libros de texto; obras de lujo y »demás que convengan, con lo cual el dueño de dicho establecimiento cree hacer un beneficio al público en general y »Á LOS ESTUDIANTES EN PARTICULAR, evitándoles desahacerse de libros que luego pueden necesitar.—No olvidar-se: Mesonero Romanos, 13 entresuelo (antes del Olivo.)» El pie de imprenta es: «C. Apaolaza, impresor, San Juan, 14. —Madrid.»

No es nuestro propósito desacreditar, ni mucho menos, ni este ni otro Establecimiento alguno de ese género. Nada más lejos de nuestra voluntad y propósito, pero como periodistas, tenemos el deber de examinar y de censurar, si lo creemos en conciencia, opuesto á la moral y pernicioso para la generación naciente, cuanto impreso se reparte públicamente por las calles.

Afortunadamente, creemos que, relativamente, son pocos los estudiantes que se atreven á vender sus libros, pues en realidad de verdad, se necesita ser muy mal estudiante y peor hijo, para presentarse descaradamente ante un padre y una madre (que se privan hasta de lo necesario, muchas veces, para comprar libros de texto á sus hijos), diciéndoles: «he vendido los libros, ó no puedo estudiar, porque los libros que me comprasteis en 20, 30 ó 40 reales, cuando menos, los vendí el otro día por medio real, dos reales, ó una peseta todo lo más, etc., etc.»

¿Pero puede decirse que serán tan pocos los estudiantes aviesos que, impulsados por cualquier malvado, realicen operaciones de préstamos sobre sus libros de texto? ¿En donde está para los estudiantes el decantado *beneficio particular* que les hace el anunciado prestamista?

¿O es que dicho señor considera como tal el convertir á los chicos en taimados, en hipócritas, permitiéndoles aparecer intachables á los ojos de sus padres (ante quienes pueden ostentar, durante algún tiempo, unos libros que ya no les pertenecen), cuando son todo lo contrario?

No; con el préstamo sobre los libros de texto á los estudiantes, lo único que se consigue, es que el prestamista se quede por dos ó tres cuartos con los libros de los chicos; quienes, amén de quedarse sin ellos, tendrán además que pedir ó quitar á sus padres, dinero con que pagar los réditos del préstamo. Se consigue fomentar la holganza en los malos estudiantes y hacerlos malos hijos; fomentar sus pasiones, facilitándoles recursos con que satisfacerlas; inducirlos al vicio y tal vez al crimen algún día, puestos ya en esa peligrosa pendiente.

Tal vez no haya pensado siquiera en todo esto el prestamista de la calle de Mesonero Romano, á quien no conocemos, ó cualquiera otro que se halle en su mismo caso, pero no por eso puede dejarse de deducir las lógicas consecuencias que se derivan de los *nuevos contratos* que anuncia al público se propone realizar.

El desenfrenado deseo del lucro, y el egoísmo pasivista y materialista que se ha desarrollado de algunos años á esta parte en la sociedad en que vivimos, no repara en los medios, con tal que consiga el fin, y tal es su maléfica influencia, que todos, todos, nosotros los primeros, estamos contagiados en más ó en menos, así es que el *rafinamiento* en buscar medios cómodos, fáciles, dulces y suaves para conseguir nuestros propósitos, llega á un extremo que ya no tiene límites. Lo mismo nos da que encaminen á la virtud ó al vicio, á la honradez ó al crimen.

La ley, es cierto, consagra el principio de la libre contratación y también el de que de cualquier modo que resulte el hombre obligado: queda obligado; pero eso parte de otro principio superior, por ella misma establecido con relación á aquellos, y que es su fuente, su base y su cimiento, á saber: que solo pueden ser objeto de contratación las cosas lícitas y no las opuestas á la moral y á las buenas costumbres; del propio modo que solo pueden contratar y obligarse las *personas jurídicamente capaces*, y los *estudiantes*, por regla general, *menores de edad*, no son personas, jurídicamente, capaces para contratar y obligarse.

De donde se deduce en resumen: que con el préstamo á los estudiantes sobre los libros de texto, se consigue: pervertir á los muchachos y verse el librero no solo burlado en sus intereses justo castigo de su perversidad, sino envuelto en las mallas del artículo 553 del Código Penal que dice testualmente «El que abusando de la impericia ó pasiones de un menor le hiciera otorgar en su perjuicio alguna obligación de cargo ó trasmisión de derecho por RAZON DE PRÉSTAMO DE DINERO, CRÉDITO Ó OTRA COSA MUEBLE, bien aparezca el préstamo claramente, bien se halle en cubierto bajo otra forma, será castigado con las penas de arresto mayor y multa de 10 al 50 por 100 del valor de la obligación que hubiese otorgado.»

El artículo 559 del propio Código establece los requisitos y formalidades que deben constar en los libros de las casas de préstamos y fija la multa de 500 á 3.000 pesetas para el prestamista que no lleve sus libros con arreglo á la ley.

¿Si las autoridades visitasen por sí mismas y de improviso las casas de préstamos, ¡cuántos males y abusos no cortarían por sí mismas!

¿Si las autoridades fueran celosas en hacer que se cumpliera el artículo 77 de la ley de imprenta, cuantas necesidades no se publicarían y cuantos escándalos y males no se evitarían, porque no es posible que, sea quien quiera el que represente la autoridad, diese *permiso* para que se imprimiesen, publicasen y circularan ciertas hojas sueltas y carteles!

## INAUGURACIÓN OFICIAL

DEL

## Círculo Tradicionalista de Palafrugell

Gratamente impresionados por la magnificencia y esplendor con que se celebró tan hermosa fiesta, vamos hacer de ella una sucinta reseña.

El local del Círculo, que tanto por su buena posición como por la esbeltez y grandiosidad del edificio, es uno de los mejores de esta villa, presentaba animado aspecto y estaban sus salones atestados de gente, ávida de presenciar la hermosa fiesta que se iba á celebrar.

Bajo artístico dosel se destacaba la arrogante, simpática y magestuosa figura de D. Carlos. Las paredes estaban cubiertas de tapices, escudos y banderas, ocupando lugar preferente el del Papa y el de España.

En artísticos medallones, rodeados de laurel, se leían los nombres de los héroes Ollo y Lozano y el de la gloriosísima batalla de Lacar. Infinidad de flores, plantas y otros ricos adornos completaban la belleza del local. La concurrencia era numerosísima, selecta y entusiasta. Anticipadamente pusiéronse telegramas de adhesión á S. S. León XIII y á D. Carlos.

Ocuparon la presidencia el señor presidente del Círculo y consecuente tradicionalista, D. Teodoro Escarrá. A su derecha estaban D. Mariano Fortuy en representación del Círculo Tradicionalista de Barcelona, el vicepresidente del Círculo, D. Narciso Girbau, el secretario D. José Fina Sureda y el Sr. Malleu, en representación del Círculo de Santa Cruz de Figueras. A su izquierda estaban D. Rodolfo de Oliver, D. Emanuel Vicens, representante del Centro de Católicos de La Bisbal, el Sr. Pou, representante de la Juventud católica de Bañolas, el tesorero del Círculo D. Luis Prats y el vocal D. Feliciano Boera.

Ocupaban lugares de preferencia otros varios representantes de Círculos Tradicionalistas y Sociedades Católicas.

Abierta la sesión por el señor presidente con las armoniosos acordes de la Marcha Real, se dió principio á su discurso de apertura. En lenguaje correcto, galana frase y florido estilo, demostró la necesidad y la importancia de los Círculos Tradicionalistas con un sinnúmero de datos y sólidos argumentos; trabajo que le mereció infinidad de aplausos.

El niño José Peya leyó con buena entonación una poesía titulada *A la grant comunió tradicionalista*, siendo muy aplaudido.

Don Manuel Vicens dió lectura á un bello discurso, en el que demostró, con multitud de datos y por medio de la historia, que solo es posible la salvación de España con el triunfo de nuestra bandera, el que al terminar fué muy aplaudido.

Leyeron poesías en la primera parte D. Luis Pons una del Sr. Mandri de Figueras, *Al Sagrado Corazón de Jesús*; D. José Fina, otra del señor director del RIGOLETO, titulada *Un recuerdo á esa tierra*; el Sr. Malleu de Figueras una titulada *Felicitació dels carlistas ampurdaneses al Círculo de Palafrugell*, y D. José Castañer de Bañolas una titulada *Al libertador de España*, las cuales fueron aplaudidísimas.

La orquesta principal de La Bisbal tocó escogidas piezas alternando con los trabajos literarios.

En la segunda parte leyeron poesías los Sres. Pons, una de D. S. Trulló y Plana, *Peya y Turró*. El Sr. Peya una de D. Angel Tremols, socio del Círculo Tradicionalista de Manresa, las cuales obtuvieron también los aplausos del público.

Don Mariano Fortuy, en un elocuente é inspiradísimo discurso, trató de los males de la revolución y de las ideas salvadoras de nuestra bandera. Verdaderamente fué un trabajo grandilocuente, lleno de erudición, de incontestables argumentos y brillante en todos conceptos; de modo, que para hacerse cargo del mismo, sería necesario leerlo con la detención que requiere. La multitud de datos históricos que presentó, su lenguaje florido, las bellas y oportunas ideas, magistralmente expuestas, dejaron grandemente impresionado al público y le valió infinidad de aplausos en toda su peroración.

El señor secretario, D. José Fina, dió lectura á un discurso de gracias, bello en todos conceptos, el cual fué muy aplaudido.

La orquesta con sus melodiosos acordes alternó también con los trabajos literarios.

Se leyó una comunicación del Excmo. é Ilmo señor Obispo de la diócesis bendiciendo y felicitando al Círculo por los sentimientos religiosos que le animan, y otras varias de Círculos Tradicionalistas y prensa leal, terminando dicha fiesta con el mayor entusiasmo y saliendo en extremo complacido el numerosísimo público que asistió.

Por la tarde del día siguiente se acompañó á los señores representantes que asistieron á la fiesta, á la histórica y notable Ermita de San Sebastian, donde tuvieron ocasión de visitar el Faro de primer orden, situado en el cabo del mismo nombre, y admirar el hermoso y extenso panorama que se divisa de tan elevada altura; siendo obsequiados con un sencillo refresco, que terminó al destaparse el Champagne con entusiastas brindis, que inició el Sr. Fortuy, quedando todos muy complacidos.

A las ocho y media de la noche del mismo día, por ser la festividad de San Martín, tuvo lugar en los salones de la Sociedad un gran concierto vocal é instrumental, tomando parte la orquesta principal de esta villa y la laureada Sociedad Coral *La Taponera*, siendo tanta la concurrencia á dicho acto, que los salones, dependencias y pasillos estaban materialmente atestados de gente, y tanto la orquesta como el coro, obtuvieron por su brillante ejecución nutridos aplausos.

De esta manera han terminado las fiestas celebradas con motivo de la inauguración del Círculo de Palafrugell, fiestas que dejarán grato recuerdo en el corazón de todos los tradicionalistas de esta por lo espléndidas y entusiastas que han sido, dejando completamente complacidos á todos los señores representantes de las demás Sociedades que asistieron á estas solemnidades.

Adelante, queridos hermanos.

## EL SUFRAGIO Y EL CLERO

En esta semana se ha visto el Congreso sorprendido, gratamente, por la galana y correcta palabra del diputado vascongado, Sr. Becerro de Bengoa.

No queremos ante todo que se nos tache de apasionados, al juzgar al Sr. Becerro; entre la democracia y el carlismo media un insondable foso y, por tanto, es para nosotros el orador republicano, de quien nos ocupamos, un enemigo de nuestras santas doctrinas.

Pero, aun dentro de nuestros principios é ideales, aun dentro de nuestras aspiraciones sacrosantas, vamos por un momento á elogiar al hijo de la revolución, al diputado liberal que, á pesar de constarle que su candidatura peligraba si se realizara lo que expone, no tiene inconveniente en pedir para sus naturales enemigos los mismos derechos, las mismas franquicias que desea para los que son sus amigos.

El clero es una institución, una respetabilísima clase, hasta los infaustos días de liberalismo, honrada como se merece por los poderes públicos.

Vino la revolución con todos sus crímenes y horrores y como si temiera, (y con razón) la oposición del clero, le despoja de sus privilegios, le deshereda de sus derechos y menosprecia todo cuanto debiera ser objeto de la más profunda veneración.

Por los escaños rojos de las Cámaras uno y otro día pasaron y pasan encarnizados adversarios de los ministros del altar; uno y otro día los falsarios como Pidal, insultan los respetables hábitos de aquellos y era necesario que á un hipócrita como aquel enseñase los más rudimentarios principios del derecho natural, un republicano.

Y ese republicano fué el Sr. Becerro de Bengoa, el hombre á quien, para triunfar le hacen daño los clérigos.

Pero, el Sr. Becerro es lógico, tiene sentido comun que es lo que le falta al Sr. Pidal y á los que, como él piensan, y con este sentido común ha visto la aberración de conceder á las turbas el voto, a costa de la ilustrada clase sacerdotal.

Si la ley debe ser igual para todos concédanse, según el sistema masónico, á todos los mismos deberes y derechos, pero no puede en manera alguna preterirse á una institución, directora de las conciencias, negándosele lo que al último rufián se concede.

He aquí expuesto, en síntesis, lo que dijo el ilustrado diputado, Sr. Becerro respecto al voto.

Ahora veamos como se expresa con relación á la libertad de conciencia y á la libertad del púlpito, sin descuidar por eso los derechos del clero.

Helo aquí:

«Pero, señores, yo á fuer de demócrata vascongado republicano, y de hombre sincero y de hombre honrado, declaro que no puedo de ninguna manera oponerme á que se respete allí y en todas partes la libertad del púlpito, como no quiero que nadie se oponga á la libertad de la cátedra, á la libertad de la propaganda y de las creencias, á la libertad de la manifestación del pensamiento, porque cada uno es libre de exponerlas sin otra limitación que el Código, las leyes y la Constitución, que señalan aquellos horizontes que no se deben traspasar; y, por consiguiente, si los sacerdotes ó yo nos extralimitamos, aplíquese á los sacerdotes lo que se me aplicaría á mí si faltara á la ley. En lo demás respetese la libertad del púlpito, como la de la cátedra ó la de la tribuna.

«Como no hay en esta Cámara ningún clérigo, y lo siento, no creo noble plantear aquí una discusión acerca de la conducta política que el clero sigue, porque aquí no pueden defenderse, ni hay ningún diputado que les defienda.

»Por esto yo, celoso defensor de todas las libertades, así de la del clero como de la de los seglares, reclamo para ellos la misma libertad que tengo para mí; y por eso mismo, de acuerdo con la minoría republicana, he de presentar una enmienda ó he de consumir un turno contra el artículo del proyecto de sufragio que dice que los elegibles han de ser del estado seglar, para que la nueva ley se ajuste al artículo de la Constitución de 1869, que decía: «Para ser elegido diputado se requiere ser español, mayor de edad, y gozar de todos los derechos civiles.» O si no, más sencillamente. «Serán elegibles todos los electores.»

Descartando, por supuesto, las tendencias liberales de lo transcrito, aplaudimos la entereza del orador y estamos de perfecto acuerdo con él.

Nosotros queremos que el sacerdote sea libre, que goce de sus fueros y preeminencias, debidos á su condición de ministros del Altísimo, pero que, por lo menos, ya que aquello se lo niegan los liberales, que no les dejen muy por debajo de cualquiera gana pan, sin que puedan ejecutar el derecho que debe tener, según teoría democrática, un miserable *quidam*.

Damos mil plácemes al Sr. Becerro de Bengoa por su notable discurso, con el que demostró cuán ilógicos son los liberales, y lástima grande que no milite bajo nuestra bandera por la que sienten inclinación sus honrados sentimientos.

Desengáñese el Sr. Becerro: liberal y honrado es un contrasentido; el hombre que posee la última condición, aún cuando exteriormente se manifieste en contrario, es en su fuero interno partidario de nuestra causa.

## Dar su sangre por su honor.

Drama en un acto y en verso, original de D. Andrés Falcón y Pardo.

Este drama, de hombres solos, propio para ser representado por aficionados de sociedades, colegios y seminarios se vende en Madrid en las librerías de Cuesta y Valeriano al precio de una peseta. También lo remite el autor franco de porte, mandándole su valor en libranzas ó sellos de comunicaciones á Cifuentes, Guadalajara.

El día 16 de este hizo un año que falleció en Molina de Aragón la esposa de nuestro querido amigo y compañero de armas el esforzado capitán D. José Berzosa.

Rogamos á nuestros amigos la tengan presente en sus oraciones.

## CORTES ABIERTAS

¡Qué mal huele en esta Villa!

(se decía un forastero tapándose las narices y echando mano al pañuelo); esta atmósfera se encuentra saturada de microbios ó gases casi tangibles, que si fueran de torreznos podía matar el hambre cualquier honrado maestro mascando con las narices efluvios tan suculentos. ¡Qué mal huele! y no es á rosas; es insufrible oler esto con ó sin desinfectantes.

—Pero, ¿á qué tanto aspaviento? (le replica un transeunte) ¿ó es usted tan forastero que le coja tan de nuevas

lo que no ignora un paletó?  
¿Qué nuevas, ni qué camuesas, ó están forradas de cuero sus narices? ¡tio insolente!  
Pero hombre, ¡me valga el Cielot!  
¡le niego yo, por ventura, que hiede cual basurero?  
Lo que no puedo explicarme es que usted, todo hecho un lelo, ignore la procedencia de estos hedores tan recios: una de dos, ó usted sale de algún sagrado convento do santidad se respira, ó viene del extranjero, de la parte de Venecia y de Frosdorf, donde es cierto que la virtud y limpieza campean por sus respetos; que si no, no se comprende que un hombre tan poco lerdo como su merced, no sepa que el sublimado Mateo poco ha que abrió las puertas de las Cortes del Concejo, sin mirar por las narices, ni consultar á los médicos, ni á la junta sanitaria, ni á los pobres barrenderos: ¿le extrañará ya que hieda?  
—Pues no caía yo en eso, ¿no ha de oler? Yo bien decía, y no á rosas ni cantuesos con las Cortes tan abiertas revolviendo tanto cieno, tantas juergas é inmundicias esos entes traga-pueblos, sin honor y sin vergüenza, siempre con ansia engullendo, engordando á costa ajena y cada vez más hambrientos: por defender con más brío las tajadas sin el hueso, se han dicho: *bajos simones*, que es poquito más ó menos *borriquitos de reata*; y á cada paso «groseros,» se apellidan mutuamente sin resentirse por eso, antes bien con muchos mimos se dicen. «echa esos huesos,» cuando en las Cortes hablamos y nos decimos borregos, pillos, tunos, ambiciosos, granujas, perros sahucos, téngase por entendido que todo es puro embeleco, y una red atrapa tontos, en donde caen los pueblos que se quedan embobados cuando nos ven tan revueltos en descomunal batalla que viene á parar en fuegos no tan fátuos como el público que se pasa ya de necio. Que arma una bronca Romero; que le contesta el ministro; que habla Martos el *honesto* echando por esa boca culebras y gatos negros contra algunos camaradas; que se levanta tan fresco el del tupé riojano

la cabeza de la víctima inocente se prepara á consumir el cruento sacrificio en aras de la más inhumana de las injusticias. ¡Pobre Chátel!... Sacado de sus faltriqueras un mohoso cuchillo lo introduce lentamente en el cuello del corregidor... lo saca... vuelve de nuevo a meterlo y torna á retirarlo haciendo cada una de estas veces esta diabólica interpelación al paciente: «¿No sientes un cierto frescor?» El infeliz paciente daba por toda contestación. ¡Monstruos bebedores de sangre, yo os perdono mi muerte, mi religión lo exige; mi maestro Cristo me dió el ejemplo; pero jamás hubiese creído en la existencia de unos hombres que tanto placer sienten al prolongar de este modo la vida de sus semejantes!... Este espantoso suplicio duró cinco cuartos de hora ¡Pobre Chátel! ¡No fuiste mirado con más conmiseración despues de la muerte por aquellos caribes y antropófagos!... Su cabeza fué colocada en lo alto de una pica y presentada en París por aquella inicu muchedumbre como un trofeo digno de un país civilizado. ¡Desgraciados! ¡Estaban ciegos!...

Estos son los hechos que con pompa conmemora la generación del siglo de las luces, y estas las *heróicas* acciones en que algún eminente tribuno ha dicho sinvergüenzas en un país católico, como España, que hay que buscar «el primer capítulo del génesis de la restauración europea.» Pero renunciamos aquí á todo comentario, que haremos, Dios mediante, en el último capítulo, y nos concretamos, tan solo á la misión de fieles relatores, para hacer más populares, de lo que son, aquellos vergonzosos crímenes con que se pretendió san-

contener las infernales furias de aquellos sanguinarios caribes, y despues de haberle paseado con sarcasmo por las calles de San Dionisio, se dirigen al camino de París. Aquel infame *reverbero* que tan cruel papel desempeñó en el transcurso de la Revolución francesa, aquella cruel *linterna*, á la cual Camilo Desmoullins, por sus sanguinarias imposturas, hacía arrastrar diariamente á cuantos proscibían la facción de Orleans, fué el suplicio designado en un principio para apagar el ya debilitado rayo de la vida en el desgraciado Chátel.

Pero una sanguinaria vieja, cuya fisonomía y corazón descubrian en ella el más encarnizado prosélito de Satán, hizo muy pronto cambiar sus planes á aquella turba de inicuos malhechores. «No tal penseis, dijo con voz falseada, pues de llevarle á París para darle el suplicio que intentais, podríamos vernos privados del goce y del placer que sus padecimientos han de proporcionarnos, atendido su estado puede sacumbir en el camino, y esto no sería bueno. Ahorrcrle ó cortarle la cabeza, esto nos es indiferente. Desde luego me ofrezco con gusto para degollarle al instante.» El corazón se contrista y una alma noble y generosa no puede menos de verter raudales de lágrimas ante tan criminales arranques. ¡Pueblo ciego!... A donde te lleva la maldad de tus pérfidos inspiradores!... Hay crímenes en esta revolución que las plumas se niegan á trazar, pero que entran en el deber del historiador para dar una lección contundente á las venideras generaciones. Pronunciadas las anteriores palabras improprias de un ser humano, sientase la vieja y colocando entre sus piernas

grato y esclarecido le despreciaba. Sin embargo, Chátel no desmaya y con ánimo sereno quiere cumplir con el deber que la ley natural y su religión le imponen, y si bien sabe que su acción no será suficiente para remediar tanta miseria, le consta que de este modo y con este proceder acallará la voz de una conciencia religiosa que le manda sacrificarse por su pueblo. ¡Tales sentimientos animaban á Chátel!... ¿Y un hombre que de este modo sacrifica sus intereses y su vida, una alma que así siente, no es acaso digna de la más cumplida apoteosis?... Si, indudablemente, pero el pueblo francés debía seguir el impio programa de la revolución, y en el, según se vé por la historia, parecía estar impresa esta amenaza: *sacrificar la inocencia*. Veamos, si no.

Era un domingo. Chátel paseaba á eso de las nueve de la mañana por delante de la Abadía de San Dionisio. Un paisano decentemente vestido se le acerca y en tono familiar y de confianza le dice: —Buenos días, señor corregidor; dadme un polvo de tabaco. Chátel con la premura que le caracterizaba en estos casos abrió su caja, y largó el tabaco. Cuando el paisano lo hubo recibido, continuó en tono asimismo jovial y jactancioso. «Creed, señor corregidor, que es tan cierto que esta tarde jugaremos á las bochas con vuestra cabeza, como tengo entre estos dedos un polvo de vuestro tabaco.» Chátel con la seguridad propia del inocente lejos de amilanarse con tal amenaza, no hizo ningún caso; contó entre risas este pasaje á su familia, la que tomándole en serio le aconsejó la más pronta huida. Quiso hacerle ver el peligro inminente á que de lo con-

y se ríe del enteco  
de su mismísima sombra;  
que habla Gamazo el *liguero*;  
«¡eh, Mateo, yo no he sidol!»  
que se levanta el gallego  
poniéndose por *montera*  
el interés de los pueblos;  
que gritan los espadones  
disputándose muy fieros  
(con la espada de la lengua)  
quién se ha sublevado menos...

Adelante con la música,  
que á esto le huele el aliento;  
y á juzgar por este síntoma,  
que aqueja al *sistema enfermo*,  
casi me huele á difunto:  
y se dan casos muy *freacos*;  
nuestros hermanos de allende,  
es decir, los brasileños,  
dejándose de palabras,  
las han traducido en hechos,  
sobrándoles tanta lógica  
como fortuna y acierto.

«Si vieras pelar las barbas  
(dice á propósito el cuento)  
de tu vecino, las tuyas  
es bueno remojes presto;  
porque la pobre *sistema*  
apenas se llama Pedro.»

THECEL.

## LATIGAZOS

Elasticidad de los conservadores.

Nos dice *El Resumen*:

«Y, sin embargo, *La Epoca* ofrece, á nombre del partido conservador, «respetar el Jurado, la libertad de la prensa, el sufragio universal, si es ya ley...»

Respetar es.

¿Y no respetarán los hechos consumados?

¿Y la desamortización de bienes religiosos?

Porque puestos á respetar...

Peró, por bien que se las hayan, ellos respetarán; pero lo que es quien les respete á ellos no encuentran, porque el país es tenaz en sus justos rencores.

Y ni con respetos ni sin ellos les quiere en casa.

Aunque se muestra tan cambiado y usa de socaliñas de tan mal jaez.

Así, que bien puede irse  
á la soledad del yermo,  
aunque anémico y enfermo  
arrepentirse.



Gracias á Dios que hay algo que decir.

Hacia ya tanto tiempo, que se nos olvidaba.

Peró es el caso que va saliendo algo.

«El alcalde de un pueblo de Lérida da cuenta de haberse fingado el agente ejecutivo que cobraba el impuesto de consumos.»

¿Lo ven ustedes?

Pues regocijándonos á la una y celebremos todos el triunfo del latro-tránsfuga.

Que andará dándose aire muy tranquilo, sin miedo de ser habido.

Como suele suceder.

Y preparémonos para  
recibir otra sorpresa

más gorda, que lo que es esa  
Dios la amparará.



*La Monarquía*, jactándose de su mocedad, y orgullo-  
sa con el piropeo que la echa *La Iberia* dice:

«Cierta que somos jóvenes.

En cambio *La Iberia* es ya abuela.

Por sus muchos años.

Y por sus muchas chocheos.

Esto último, es cualidad propia de la vejez.

Por algo decía Horacio.

*Senectus natura locua*.

Peró más vale de lo malo, malo, chochear en la ve-  
jez, que morir en la juventud.

Que es lo que va á pasar á *La Monarquía*.

Aunque no alcanzará al paraíso.

Porque lo que es para conservadores

No se hizo el cielo;

Porque allí no entra nada que manchado

Turbe el reposo eterno.



A *La Monarquía* no la gustan nuestros versos, y que-  
ríamos saber porqué.

¿La ofenden por el texto?

Que se rasque donde la pique.

¿No la gustan por la forma?

Que nos enseñe su escuela canovera.

De todos modos quedamos satisfechos.

Y tenga en cuenta *La Monarquía* que si fuera esto último, nosotros á usanza de los que no se preocupan dehojarasca en cosas de poco momento, para exhibirse con preciosidades frívolas, nos importa más expresar un concepto desnudo y con claridad, que cuajarle de tupidos adornos.

Que no somos poetas  
de ricas galas  
Peró en cambio decimos  
verdades claras

Y ya que *La Monarquía* tan galante, por no podernos echar en cara ninguna mala acción en nuestra vida política y en nuestra conducta, nos increpa de este socorrido modo, veamos.

«RIGOLETO en su último número se arranca contra los fariseos.»

Y en todos,

Pues qué, ¿es otro nuestro fin que arrancarles de raíz, para que se pierda su germen?

Y continúa:

«¡Hombre!

Eso es por lo menos un conato de suicidio.»

Cuando no hay qué decir, cualquier cosa.

¿En qué se funda *La Monarquía*?

Nunca, jamás se nos podrá tachar de que hayamos refutado ni con nuestra pluma, ni con nuestra conducta, lo que sostuvimos una vez.

Por eso, precisamente, es por lo que todos nos conocen.

Por nuestra intransigencia y por nuestra sinceridad, si se quiere, hasta en la vida privada.

Ahora, solo una pregunta que dice el vulgo.

¿Es envidia ó caridad?

Si lo uno, lo perdono;

si lo otro, lo agradezco

sin orgullo y sin encono,

pues sé que no lo merezco.



Parecer de *El Globo* sobre los sucesos del Brasil,  
Porque hoy todos diplomáticos y todos sabios de primera línea y estadistas consumados á tontas ó á locas, bien ó mal, nos gusta echar nuestro cuarto á espadas. Aprovechémonos de este, que no es despreciable.

Culpa á los mismos monárquicos del destronamiento del Emperador, y dice:

«Los partidos monárquicos batallan entre sí, sacrificando asambleas, Parlamento y leyes á sus torpes egoísmos. En las Cámaras triunfaban los ambiciosos y los audaces. Con el descrédito de los hombres públicos vino el descrédito de los partidos, y con el de los partidos el de las instituciones parlamentarias.»

¡Hola!

La historia es la maestra de la vida.

¡Políticos! ¡politicastos! ¡parlachines de oficio!

Aprended una lección.

Cuando las barbas  
de tu vecino  
veas pelar,  
echa las tuyas  
á remojar.



Y atención á la noticia que vale por dos.

La da *El Correo* en esta forma, al hablar de los sucesos revolucionarios del Brasil.

«...;pareciéndonos desde luego absurdo que la política liberal que estaba imperante en el Brasil hace uno ó dos meses haya sido la causa...»

Por lo visto se sospechaba.

Y unos creen y otros no creen.

Peró, lo que se puede prejulgar es; que toda política liberal, sinó en el momento, puede dar, y los dá de hecho, funestísimos resultados, como no puede menos de acontecer.

Porque del mal árbol, mal fruto.

Y del árbol de la libertad moderna.

Frutos revolucionarios.

¡Y aquella felicidad  
del partido brasileño,  
que arrojaron con empeño,  
vendrá á ser fatalidad!



«Soñó el ciego que veía.»

Allí donde huele á pan caliente, allí están los conservadores con una dentadura tan afilada, que Dios me libre de que me cojan un dedo.

Habló *El Globo* de palabras gordas, y á este propósito, la boca de par en par.

Y así dice *La Monarquía*.

«¡Ah! (que bocona) ¡Como se conoce que se acerca Navidad!

Ya empieza el posibilismo á hacer uso de frases rellenas.»

Y los conservadores á bostezar, síntoma de la aridez de sus estómagos.

Peró, ¿qué se va á hacer?  
No hay más remedio  
que ayunar, ¿no tragasteis?...  
¡Ambiciosuelo!

IMPRESA DE FRANCISCO NOZAL

calle de Jesús, 3, esquina á la de las Huertas

trario se exponía, pero ni aun así pudo persuadirle á que se ocultase en la casa de un amigo. ¡Desgraciado Chátel... No conocía á los tigres que has más de una vez alimentado!... Después de haber comido con la paz y alegría que tan solo se disfrutan en la familia rezada y educada en las saludables máximas del Evangelio, gritos desaforados, ruidos y grande algazara vienen á turbar aquel bienestar y confianza de Chátel, y confirmar los recelos que anteriormente había concebido su familia. Una inmensa multitud, compuesta de personas de ambos sexos, se aglomera ante la puerta de la casa de Chátel. ¡Infame pueblo que así clavabas la ensañada punta de tres espadas en aquellos corazones, merced á cuyos nobles sentimientos fuiste más de una vez alimentado mientras colmabas de aplausos y frenéticos vitores al tigre que devoraba tu subsistencia!... Chátel cree ya en la amarga realidad de aquella fatídica profecía que le había hecho el paisano; intenta asegurar su persona; huye por una puerta oculta, se interna en la casa de un sacerdote, y aquel que tantas veces había dado asilo á los menesterosos, vése obligado á solicitar un rinconcillo do pueda ocultarse á la maldad y perfidia de sus perseguidores «La turba os vió entrar en mi casa; examinará hasta los más recónditos lugares, os hallará y entonces seremos dos las víctimas inmoladas en aras del furor popular; por lo tanto, ya veis Chátel, dijo el cura, que me es imposible daros asilo.»—«¿Tampoco en la Iglesia?»—«Allí podeis refugiaros», repuso el cura. Franqueadas que le fueron las puertas, sube Chátel al campanario con la veloci-

dad del gamo y allí se oculta. Mientras la furia revolucionaria le busca en vano en la casa del sacerdote, vuela en tropel á la Iglesia, remueve bancos, sillas, confesionarios, sin perdonar hasta á los mismos lugares sagrados. Desesperada por completo por la inutilidad de sus pesquisas, intenta retirarse, dejando, bien á su pesar, salva la presa que con avidez ha procurado agarrar para despedazarla; más, ¡oh fatalidad! Intimidado por los estrepitosos ruidos que en la Iglesia se hacían para capturarle, Chátel, llevado por el propio instinto de conservación, procura ocultarse mejor, subiendo á lo mas alto del campanario, y cuando ya aquella turba sedienta de sangre se retiraba, un sonido fatídico, causado por el roce involuntario del grueso cuerpo de Chátel, en la campana, anunció su estancia en aquel paraje, y aquel argentino bronco que más de una vez había anunciado al pueblo menesteroso que la sopa de Chátel estaba ya preparada para socorrerle, sirvió de lúgubre anuncio á su desastrosa muerte. ¡Desgraciado salvador y padre del pueblo!... Los verdugos se apresuran, le arrojan al suelo y le arrastran por la escalera del campanario, marcando cada peldaño con el más tremendo golpe. Pasean su mutilado cuerpo por la ciudad, pinchándole unos con cuchillos y puntas de sus bayonetas, le escupen otros, siendo el objeto del escarnio y la bfa popular.

«¡Miserables! exclama Chátel con el estertor, ¡cortad pronto, por Dios, el hilo de mi existencia!... ¡No hagais tan lentas mis penas!...» Pero estas palabras, brotadas del exánime corazón de un bienhechor, no son suficientes á

cionar la nefanda proclamación de los pretendidos derechos del hombre.

EL MARQUES DE BELZUNCE

Prescindiendo de las múltiples atrocidades que presenciaron Langüedoc, Normandía, d'Argentan, Provenza, Borgoña, Mans y Cherbourg merced á las infames y malélicas maquinaciones orleanistas, y limitándome á las tareas que en un principio me inspiré, tan solo haré la pintura siquiera tenue cual cumple á una debil inteligencia y deficiente imaginación, como la mía, de aquellos crímenes y escenas terroríficas que mayor interés religioso-dramático, puedan despertar en estos momentos y más contribuyan al propósito que abrigo. Sabido es que en aquel primer calamitoso periodo de la revolución francesa, la fidelidad al rey era tenida por la hueste malvada del primer príncipe de la sangre, como el mayor de los crímenes. Adheridos firmemente los orleanistas á la máxima de que sin la cooperación del ejército no hay triunfo completo sobre las instituciones, habían procurado ganarse muchos regimientos que un momento dado haciendo traición á su bondadoso rey se pusiesen de parte de la revolución. Infinitas habían sido las tentativas hechas por los orleanistas para arrastrar en pos de sí á la sedición y al pillaje el regimiento de Borbon. Hallábase este de guarnición en la ciudad de Caen; el marqués de Belzunce joven que apenas si contaba veinticinco años de edad, era su comandante. Honrado y fiel á su rey como ninguno, había mil veces despreciado factuo-